

El Defensor del Obrero

La Iglesia quiere y pide que se unan los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible, á las necesidades de los obreros, sobre todo con instituciones Católicas, co-sociales permanentes y Sindicatos.

LEÓN XIII, Encíclica *Humani generis* y Pío X Encíclica *Il-VI-908* etc.

(Obras, no palabras)

«Todas nuestras Encíclicas responden á procurar el bienestar del pueblo y á que este aprenda sus derechos y deberes y á dirigirse á sí mismo.»

LEÓN XIII al General de los Franciscanos, Carta 25 Noviembre de 1898.

ÓRGANO QUINCENAL

de la Academia Católica de Cuestiones Sociales y de los Sindicatos Obreros de Cartagena

Para los Obreros
Se reparte gratuitamente

Redacción y Administración: Pálas 7 y 9
Horas: De 5 á 11 noche y de 10 mañana á 11 noche los días festivos

Para los Bienhechores
100 ejemplares, 1'50 ptas

¡OBREROS, AL SINDICATO!

La llamada cuestión social es la única que de tejas abajo debe interesarnos. Su importancia es tan extraordinaria que para buscar su solución hanse fatigado y se han gastado inútilmente los cerebros de los pensadores más célebres del mundo.

La Iglesia Católica, esa institución admirable, divina, que hace ya veinte siglos viene dirigiendo las conciencias de los hombres, triunfando de todos sus adversarios venciendo todos los obstáculos, sosegando todas las revoluciones y alborotos y resolviendo todas las dudas y dificultades, no sólo las que afectan á la conciencia individual, sino las que por su universalidad se refieren al bienestar moral y material de pueblos y naciones y aun de la humanidad toda, no podía permanecer indiferente ante un problema de tan universal trascendencia.

Se ha dicho y se ha repetido hasta la saciedad que la Iglesia es una institución arcaica, incompatible con las necesidades, exigencias y adelantos de la vida moderna y que por lo tanto, no podía aportar elementos de solución al conflicto social. Y sin embargo nada hay más falso que esta arbitraria afirmación. La Iglesia tiene prácticamente resuelta la cuestión desde el momento en que su divino Fundador dijo en el célebre sermón de la montaña: *beati pauperes*; bienaventurados los pobres.

¡Bienaventurados los pobres...! La inmensa muchedumbre que rodeaba á Jesucristo en aquella solemne ocasión, debió quedar estupefacta al escuchar aquellas palabras. Hasta entonces no se había oído cosa semejante; aquella doctrina era completamente nueva. El pobre era mirado como un ser abyecto, miserable, despreciado por todos, indigno de tomarse por él la más ligera molestia, ni de fijar siquiera la atención en él.

Y como quiera que los pobres eran entonces la inmensa mayoría como lo son hoy y lo serán hasta el fin de los siglos, á pesar de los adelantos y progresos de que tanto se envanece la civilización moder-

na, aquel desprecio, aquel abandono en que se tenía á la incontable muchedumbre de los que nada poseen, trajo la cuestión social de aquellos tiempos, cuestión que Jesucristo resolvió cambiando la manera de ser y de sentir de aquellos hombres, trastornando las ideas entonces reinantes, ennobleciendo y dignificando la pobreza y haciendo que lo que antes era objeto de burla y menosprecio, fuese en lo sucesivo, no sólo objeto de respeto y veneración, sino también de cariño y amor.

Pero la cuestión social, subsiste á pesar de las enseñanzas del divino Nazareno ¿Por qué? Porque no han faltado ni faltan por desgracia algunos hombres, muchísimos quizá, que han cerrado sus oídos á aquella salvadora doctrina; hombres, que rebeldes á todo yugo no han querido someter su razón á las sublimes enseñanzas del Redentor y que devorado su corazón por la más sórdida avaricia y agostados en el fondo de su alma los más nobles sentimientos, han explotado á los pobres, se han servido de ellos para enriquecerse y lo que es peor todavía, los han despreciado, los han apartado de sí, se han avergonzado de estrechar su mano encallecida por el trabajo y en vez de acudir solícitos á enjugar el sudor que corría por su rugosa frente, han arrojado sobre ellos el inmundado salivazo del desprecio y del abandono.

Y este desprecio de los miserables y las injusticias con ellos cometidas, ha traído la cuestión social imponente y amenazadora de los tiempos actuales.

Ahora bien, ¿qué dice y qué hace la Iglesia para procurar la solución del pavoroso problema? Lo mismo que decía Jesucristo: *Beati pauperes*; bienaventurados los pobres, bienaventurados los que nada poseen, bienaventurados los trabajadores, los obreros, los proletarios; ellos son mis hijos predilectos, para ellos todos mis afanes, cuidados y desvelos; si algunos los abaten y pisotean, yo los ennobleceré y dignificaré, yo los encumbraré á la mayor de las dignidades, yo los haré santos, los elevaré á los altares, porque suyo es, á ellos pertenece como por derecho propio el reino de los cielos.

Pero el amor de la Iglesia á los pobres no es un